

iTALEN!

Amílcar Bo

¡Talen! / Amílcar Bo. - 1a ed. - La Plata : Contramar,
2016.

180 p. ; 17 x 12 cm. - (Narrativa ; 4)

ISBN 978-987-46408-3-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Colección Narrativa, dirigida por Nicolás Gelmini Juri.

Diseño e ilustración de portada: Wally Monsoon

FB: Monsoonilustracion

Oberá, Misiones

Contramar Editora

colectivocontramar.wordpress.com

colectivocontramar@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Impreso en Argentina

AMÍLCAR BO

¡TALEN!



Amílcar Bo (1985) se formó cuando los vahos del jugo de la basura porteña se mezclaron con los de los pastizales inundados de una infancia santafesina. Luego encontró en el conurbano bonaerense una perfecta combinación de esos olores dulzones, que se hicieron tonadas en las cuerdas tirantes de una guitarra, dando swing a sus manos. Amílcar trabaja con ingenieros, enseña a ingenieros, bebe con ingenieros, y entre su frente y sus dedos siempre se gesta un proyecto.

A Aldana

I

Mientras hubo suficiente quebracho para cortar, limpiar, trozar, cargar y vender, los hombres podían llamarse dichosos por tener la posibilidad de abrirse camino sólo con la fuerza de sus brazos y su voluntad de trabajar. Así se lo dijeron a los que nacían al norte y al oeste del Chaco Austral, y a los que sin saberlo ya crecían en las tierras de la empresa y por lo tanto les pertenecían, a menos que eligieran mudarse y recomenzar en otra parte, fuera de sus dominios. Por eso, cuando vieron que Harry no se llevaba bien con el hacha, estuvieron a punto de cortarle la cabeza.

Su padre, Chacho Lencina, solía estar de pie sobre un acoplado, seguramente alquilado al mismo tractorista con el que se habían recogido las tandas de rodillos desde hacía más de diez años, junto con el mayor y el segundo de sus hijos, Dani y Oscar. Era lo que venía haciendo el Chacho desde los catorce, cuando empezó a trabajar con su tío. Talar árboles en el monte, limpiarlos a machetazos y dejarlos más o menos lisos como un poste, llevarlos junto a un carro cachapé y

apilarlos encima era la parte dura del día. Desde ahí, el que seguía la cadena era el obrajero. Con el tiempo, el tío se murió de una insolación que lo agarró volviendo por una picada y entonces Chacho se encargó de mandar en el obraje. Le tomó el gusto a seguir con el trabajo ya no desde el hacha y el machete, sino desde la coordinación, el cobro y la distribución del dinero a los muchachos. Y eso venía haciendo con frecuencia y casi con cierta alegría hasta que empezó a encontrarse con otros obrajeros que estaban en la misma zona que él, debido a la falta de lugar para trabajar. Entonces se veía obligado a avanzar aún más adentro del monte, hacia donde también se habían marchado, a su vez, las bichas que buscaban nuevos refugios. Así que además de atender al filo del hacha uno de sus ojos tenía que vigilar las víboras de cascabel y las arañas venenosas, porque con los tábanos, los jejenes y otras picaduras ponzoñosas no había mucho que hacer más que aguantar. Cuando los muchachos llegaban junto al tractor, después de esos días, se descargaban con mil puteadas hacia el monte, hacia su padre y al Dios bendito que les enviaba cada día un nuevo susto. No había un consuelo que los libre de la jornada siguien-

te, así que Chacho les concedía un vale más de crédito en la cuenta del boliche. Cuando llegaron al punto de abrir picadas a un árbol de distancia con otra cuadrilla, la de Justo Troncoso, hubo una batalla. En la prensa local se informó que dos obrajes se enfrentaron como tribus de indios, a golpes de hacha y machete, hasta que una herida profunda en la pierna de Evaristo Troncoso forzó la retirada de una de las bandas. Esa no había sido la primera ni la última pelea, pero hasta entonces las camorras se veían de noche o después de un baile. Raro era que la bronca apareciera también en las horas de sol y trabajo, cuando todo el esfuerzo que un hombre puede dar por un jornal se debía enfocar en descargar un hachazo tras otro, en la misma línea, hasta que la copa y el tronco perdían la unidad que reunía al algarrobo en sus veinte metros de altura, y se venía abajo a morder el suelo como un rayo. Así que durante algún tiempo se empezaron a ver estas peleas incluso en el obraje. Una tardecita, los hacheros volvieron al claro donde los esperaba Chacho, y junto sobre unos cuatro rodillos apilados en el cachapé, le trajeron al Dani, su primogénito, envuelto en hojas de palmera y ya sin vida.

La muerte de Dani se veló durante dos días y dos noches. Fueron los peones de Lencina y otros hombres y niños que siempre andaban por el pueblo.

–Deme esa caja de caña también –dijo Chacho a O’Hara, el encargado del almacén El Pago Bendito.

–No le alcanza con lo que tiene en la cuenta –aclaró O’Hara.

–No alcanza... –murmuró Chacho– pero tal vez...

–Pero puedo extender una nota de deuda, con los intereses bajos que ya sabe que mantengo siempre bajos para usted, en esta situación tan especial.

Chacho asintió con la cabeza. El tintineo de las botellas despertó a los soñolientos que estaban sentados en la galería del almacén. Harry, el último de sus hijos, lo ayudó a cargar las dos cajas de caña y unos salamines. El niño se había mantenido cerca de la puerta, observando el trato entre su padre y O’Hara. Luego caminaron en silencio las doce largas cuadras que separan el centro de Villa Ana y la casa de material donde vivían Chacho, Oscar, Margarita y él. En algún momento también tenían sus catres allí la madre y Alberto, el tercero en orden de nacimientos. Alberto era peleador. Se había enfrentado varias veces con Cha-

cho y ahora andaba trabajando por su cuenta, como hachero raso, en alguno de los obrajes de los que se abastecía la empresa.

Al atardecer llegaron unos pocos parientes y amigos que anduvieron por la casa y el patio. Margarita había dicho a Harry que atendiera los vasos. Iba con una botella de la habitación donde estaba el cuerpo de su hermano, recostado y tapado con unas mantas hasta la cabeza, hacia donde estaba la gente. Cuando podía se tomaba los restos de caña. Salvo una vieja amiga de la familia que había tomado a su cargo garantizar una buena cantidad de oraciones, el resto andaba afuera, en la galería y donde se había improvisado una cancha de bochas. Los jugadores que perdían se iban a un lado, medio avergonzados y masticando bronca, y empezaban a comentar la situación de la escasez en esos nuevos tiempos, y de un posible fin.

Después de los dos días y las dos noches en las que se recordó y lloró al mayor de los Lencina, y se le pidió que enviara prosperidad a esas tierras cada vez más calurosas y secas y últimamente golpeadas, Chacho encaró la jornada como si fuese 1944 y no quince años después, y encontró que el monte infinito de

quebrachos altos como dos palmeras juntas en el que se internaban cada mañana, de pronto, demasiado pronto, se había retraído y había que buscar un buen rato ejemplares que valieran la pena. Salió a pie desde su casa, por el camino marcado entre el pastizal, hasta la calle ancha y polvorienta por la que, a esa hora, ya habían pasado los más madrugadores del pueblo. Iban con un carro tirado por dos bueyes blancuzcos y huesudos. A su lado marchaban también Oscar, con un machete y un hacha de un brazo de largo, y Harry, con dos hachas más atadas y colgadas con un piolín en su espalda.

Si bien ya tenía la estatura y casi la fuerza como para entrar a trabajar al monte como los demás, Harry se ocupaba de llevar las herramientas y asistir en tareas livianas. Casi nadie confiaba lo suficiente en él como para entregarle un machete, mucho menos el propio y quedarse indefenso. Ya iban dos veces que se le daba por atacar. La primera fue una tarde de siesta que lo mandaron a afilar.

—Harry —le dijo Dani, aquella vez— vas a tener que afilar estos machetes. Se hace pasando esta piedra de un lado y del otro.

El niño observó los movimientos de las manos grandes y poderosas del Dani, una en el mango y la otra sobre la hoja, recorriendo todo el largo con una piedra gris que iba dejando un polvillo de arenilla y acero casi imperceptible, pero que se quedaba y teñía la piel. Una perra vieja, de pelaje corto, flaca y de tetas alargadas se arrimó a investigar y también se llevó pegado en el hocico el polvillo, que la hizo estornudar y refregarse contra su propio culo.

–Y es hacer esto con el mío, con el de Oscar y el de papá, hasta que quede todo con el mismo filo. Sin filo, el machete no sirve para nada. Y más vale que tengas cuidado, o te corto un dedo –dijo Dani con la mirada directa en sus ojos porque Harry era raro y no se sabía si a uno lo escuchaba o qué. El niño no dijo nada y quiso sacarle el machete a su hermano.

–Ey ey ey –lo paró empujándolo a un costado. – Esto se hace despacio y pensando mucho. Sin no se usa la cabeza, no se puede afilar. Pero hay que pensar sin distraerse con pensamientos.

Y Dani volvió a mostrarle, pero esta vez contando.

–Uno, dos, tres. Se gira para pasar el lado contrario –Sobre la hoja plateada se reflejaba la fronda del sauce

que tenían encima y, a cada giro, el sol del mediodía rebotando con violencia.

Dani dejó a su hermano con la tarea y se metió a la casa.

–¿Qué hace con ese aparato? – preguntó. En la habitación que usaban de comedor, Magarita exploraba una especie de tocadiscos pero que en lugar de reproducir canciones emitía una serie de oraciones leídas en inglés.

–Es un linguafón –dijo. –Me lo regaló Edmon.

–Edmon... –Lo tenía conectado al único enchufe de la casa y venía repitiendo el mismo lado desde la mañana. Dani se sentó en el suelo junto a ella. –Sería mejor dormir la siesta.

La jovencita asintió sin prestarle atención y continuó con sus ejercicios de memorizar y repetir las oraciones en inglés que emitía una voz aflautada en el linguaphone. Cuando la mano de Dani se acercaba al ras del piso hasta la pierna desnuda de la chica y la voz monocorde iba diciendo “*nice to mee to*”, “*I have the permise*” y otras “expresiones y frases cortas para desenvolverse en la vida cotidiana de una ciudad cosmopolita como Londres, o en cualquier lugar del

mundo donde se hable inglés”, irrumpió un gemido desgarrado de bestia, y otros varios más. A fuera, la vieja perra estaba sangrando en los yuyos. Detrás de un arbusto, asustado por los gritos del animal, Harry espiaba con unos ojitos de gato montés, acurrucado y con la cabeza toda salpicada de sangre.

La segunda vez, la que casi no se salva fue Margarita.

Era la hora del almuerzo y ella le había dado un cuchillo para trozar dos calabazas. Cuando terminó con las calabazas agarró de repente el brazo de Margarita y se lo hubiese cortado a la altura de la muñeca si no fuera que la niña era tan fuerte como los mayores, alcanzó a zafarse y con la mano liberada lo llevó de los pelos hasta una fosa, pasando la primera hilera de arbustos que delimita el terreno de la casa, y allí lo revolcó en el barro y le enseñó con métodos arcaicos y universales lo inconveniente de querer lastimar a gente de su misma sangre.

Desde entonces Chacho había puesto como norma que Harry no manejara machetes, hachas ni otros objetos con filo. Su tarea en el obraje era, pues, cargar las herramientas.

De camino al monte se encontraron con Tendón Corto, el indio Caramelo y otros que habían estado

durante la víspera en la casa, despidiendo al Dani. La caravana de hacheros, bueyes y carretas avanzaba levantando un terral como si fuera un ejército de milicianos pobres en dirección al centro del monte.

—¡Guarda por ahí!—alertaba Oscar. —¡Ojo, detrás de ese matorral! —señalaba detrás de unos cardos. —¡Me picó una araña otra vez!

—Callate un poco Oscar, así es peor —decía Chacho.

Al tiempo que empezaban a faltar los árboles más grandes, parecía que las víboras y los bichos se reproducían. Algunos obrajes habían cerrado y decían que ya no tenía sentido insistir en el monte si lo único que se conseguían eran aromitos y ñandubay.

—No toque esas herramientas —le decían a Harry. Y era Oscar quien le quitaba la mochila de la espalda transpirada, con la camisita pegada al cuerpo un poco flaco y desgarrado para su edad, debido a que no se había incorporado a las tareas de los hombres.

—Nos quedamos por acá, y no toque mis herramientas —reforzaba Oscar. —No toque nada y no haga cagada. ¡Añamemby! —le decía.

Quedaba el niño sentado en un tronco bajito, a la altura de las rodillas, cerca de unos cardos con flores

silvestres violáceas, de tallos peludos y espinosos. Su hermano y su padre se alejaban, el primero con un hacha grande y el segundo con un machete, emprolijando la picada cruzada por lianas y ramas espinosas. Los tábanos y los jejenes los rodeaban como si de cada uno manara una bruma parda y oscura que, cuando anochecía, llegaba a ocultarlos. A tal punto le habían negado tocar lo que no debía que Harry ni siquiera intentaba defenderse de los insectos, sino que aguantaba con resignación las largas y ardorosas picaduras de los miles de bichos que se acercaban a su piel tibia, salada y fina. Recordaba tenerlas sólo cuando era estrictamente necesario. Pedía ayuda o enfrentaba en silencio grandes esfuerzos. Debido a la frecuencia con la que necesitaba que le den una mano en asuntos cotidianos se mantenía en contacto con las quejas y los humores de la gente del pueblo, en especial de los niños y las mujeres, ya que los hombres estaban o bien en el monte, o bien en uno de los tres almacenes que había en ese momento. Y acaso preparándose para una de esas actividades pasaban la mayor parte del día, casi todos, ahora que había cada vez menos acción. A punto de moverse,

en un estado de gomosa latencia. Y por lo tanto era el momento preferido para delegar tareas.

MAYOR: –Carlos, vas a tener que hacerle la cura de los piojos a tu hermano porque me están esperando en el bar, y no hay una vez que llegue a tiempo para sentarme en la mesa a jugar.

MENOR: –No me gusta tocar esa pomada –decía el niño. –Me hace vomitar.

MAYOR: –Ayer tenía un buen día para jugar, lo sentí desde la mañana. ¡Y no va que cuando estoy entrando a la sala se sienta Edmon Voltman en el último lugar libre y cuando le digo “disculpe, pero tenía vista esa plaza para mí desde que entré al Club y me demoré en preguntar por una caña, nomás” me responde con una sonrisa de “ahora te la aguantás”, y el tarado de Ojeda dice “buey lerdo, toma agua turbia”, y le respondo “agua que no has de beber, déjala correr, hoy me tengo confianza”, y Voltman pone sobre la mesa cinco libras, todos se quedan tarados de repente y miran con odio sus billetes de almacén, y comienzan a repartir!

MENOR: –Si no me lavo las manos ahora, voy a vomitar.

MAYOR: –Pero al menos no perdí y tengo hoy

algo para apostar, y anoche no hubiera podido sostener el juego contra ese Voltman, qué suerte haber conseguido libras.

A esa altura el MENOR estaba sudado de pies a cabeza debido al vaho que subía desde su hermano de dos años, llorando con todas sus fuerzas por el tratamiento, y no alcanzó a salir de la casa cuando lo abrazaron las arcadas más fuertes. Esta situación se repetía porque el Bálsamo Liberador de Bichos estaba de moda, se indicaba para diversos usos asociados al aumento de la inmunidad exterior, como repelente contra la vinchuca, los mosquitos, los tábanos, los jejenes, los piojos, las garrapatas. Los pediatras aconsejaban una cura por día en niños de tres a catorce. Estaba compuesto por aceite de bacalao, vinagre y tanino. Las primeras veces que se aspiraba directamente del frasco se anesthesiaban algunas partes del cuerpo, después venía un fuerte dolor de estómago. Si te acostumbrabas, la poción era efectiva: la piel se volvía un poco más lisa y tersa, y casi no se acercaban insectos. Los niños no tenían ningún interés en soportar hasta llegar a esa curva de efectividad del medicamento, y era común vomitar en el medio de

las aplicaciones, tal como había ocurrido con el MENOR esa tarde. Cuando el niño contó su problema a sus amigos y conocidos, con demostraciones o reflejos tardíos sobre algún pantalón durante la cena de la Federación de Obreros del Norte, otros manifestaron pasar por las mismas tribulaciones. En medio de ese encuentro espontáneo estaba Harry, y él fue quien comentó la posibilidad de hacer una huelga para combatir el atropello. Los demás lo tomaron con la seriedad de un juego más. Así que cuando Harry tenía que esperar a sus hermanos, sentado y a un lado de lo principal de las tareas, recordaba cómo se habían desenvuelto las cosas y qué había salido mal.

El día de la Huelga de los Niños, según se tituló en el diario zonal Daily Vera, se esperaban en la planta de tanino los quince o veinte acoplados de rodillos habituales para procesar. Sin embargo, nunca llegaron y se atribuyó a los problemas ocasionados por la Huelga. Durante la víspera Harry, sentado en la parte alta del tobogán, le había hablado a los demás. Como aún no tenía un tono de voz robusto y nítido y apenas se entendía lo que decía, Margarita, su hermana, ayudaba a traducir, de pie y a sus espaldas, sostenida de la baranda.

—¿Estamos cansados? ¡Estamos ya todos cansados de que nos traten como bebés y por eso hoy vamos a demostrar que tenemos voz y mensajes para transmitir a los mayores! —dijo aferrada de la baranda— ¡Y que serán escuchados y tenidos en cuenta! —completó a viva voz y con una sonrisa Margarita, y luego miró a Harry buscando su aprobación. El niño se limitó a mirar fijamente a sus camaradas reunidos en la parte lisa del arenero, a la sombra de un gran níspero. Los demás se reían y acompañaban con algunos gritos y sonidos que también podrían haber sido estornudos o llantos. Harry bajó por el tobogán junto al resto. Detrás llegó Margarita, agarrándose de los bordes que acariciaron sus caderas. Con papel y lápiz Harry elaboró una lista de las tareas que hacían los niños: barrer la vereda, irse a dormir temprano, recibir el bloque de hielo todas las mañanas, conseguir leña y carbón para la cocina económica, ir a clases, arriar animales y llevarlos de un lado a otro, cuidar de los hermanos menores, cuidar de los abuelos y bisabuelos moribundos, trabajar en el almacén, preparar la mesa para las comidas, bañarse, llevar mensajes, limpiar las estufas, tomar jarabes, dormir la siesta. A todos les pareció una lista bastante

completa. Sólo se sugirió agregar: asistir a los padres en todo: buscar caña, pagar las cuentas en el almacén, cargar las armas en las cacerías, encender el fuego, recuperar las bochas que se iban demasiado lejos en el croquet criollo, asistir como caddies de golf, buscar o conseguir el diario y redactar cartas y comunicados (cuando el padre era analfabeto). Ahora sí, ya estaba bien. Harry se acercó a cada uno y fue extendiendo con extrema delicadeza su mano izquierda para estrecharla con la de sus compatriotas, y así dieron por iniciada la Huelga de los Niños.

Los conflictos no se hicieron esperar. En el hogar del gerente regional y representante de la empresa, Reinaldo Olivera, su hijo Juancito se ocupaba normalmente del desayuno. Minutos antes de las siete de la mañana el niño tenía listo café, pan casero, queso y alguna rareza de las últimas tandas del contrabando: jabalí, paté, cigarrillos, whisky. Todos los días. Salvo ese lunes tres de abril.

—¿Se habrá quedado dormido mi angelito? —preguntó Olivera recorriendo los pasillos de su casa. —O tal vez se está tirando a vago, a maleducado. ¿Cómo me puedo explicar este descuido? ¿Juancito? —llamó.

—Hoy no hay desayuno —se animó a contestar el chico sentado en la punta de su cama, con una manta en los hombros. Él también estaba en contra de usar el Bálsamo Liberador de Bichos. Juancito giró hacia un lado y se puso a roncar. Frente a esta situación Reinaldo pensó, como era su costumbre, qué provecho podía sacar. Vio la oportunidad de convertir a su hijo en el próximo presidente de los Boy Scouts de Villa Ana, un proyecto para extender su poder, aún más, a un nivel sutil y atractivo. Sin embargo, mientras se tusaba los bigotes desordenados en la noche plagada de sueños funestos, Olivera especuló con golpear a su hijo hasta desmayarlo o dejar que ese juego simpático cayera por su propio peso lo antes posible. Desde la otra habitación se escucharon los golpes y los chillidos, pero nadie se levantó.

A lo largo de aquél tres de abril se conocieron múltiples manifestaciones dispersas, abdicaciones, renunciaciones, los niños no estaban dispuestos a seguir con sus funciones a menos que se tomara alguna decisión a propósito del Bálsamo para la Liberación de Bichos. El Daily Vera sacó un artículo en el que se identificaba a un tal Harry Lencina, hijo de un obrajero de Villa

Ana, como instigador y cerebro de la medida de fuerza. Una fotografía acompañaba la nota y mostraba, entre otros quince muchachitos con gorras, pantalones largos y camisa, o pantalones cortos con remeras harapientas y gestos retorcidos de burla frente a la cámara, el rostro sereno y húmedo de Harry, mordiendo una espina. A su lado, con los cachetes inflados y una vestimenta igual a la del resto de los muchachos, con los ojos clavados en el foco de la cámara, Margarita sacaba una lengua rebelde de catorce años. Quizás este gesto provocó a la sociedad villanense. Y en especial a Edmon Voltman que se ofreció como mediador para solucionar el conflicto. Entre otras actividades aplazadas, el partido de golf de las diez se pospuso a la tarde, y cuando Olivera y Sklodal intentaron jugar, tuvieron que ocuparse ellos mismos de las tareas del caddie. Fue bastante incómodo porque, si bien se había realizado un pedido formal a la casa central de la empresa, en Londres, señalando la falta de insumos para el golf, sólo tenían un palo y una pelotita. En lo que iba del partido Sklodal había caminado más de diez cuadras, y todavía no le había tocado su turno. Desde Londres les habían dicho que se los enviarían

en el próximo barco con destino al puerto de Buenos Aires, pero todavía no llegaban los bienes de refuerzo. Aún así, el placer de un buen partido de golf, en medio de quebrachales y llanuras, los convocaba a jugar una vez a la semana.

—Es evidente que la formación de los niños está en decadencia, no dura ni hasta los diez años que ya se escabullen y retoban como los cardos —dijo Sklodal, dueño de la fábrica de hielo.

—Sería un juego pasajero —dijo Olivera. Un sombrero de paja y lentes oscuros lo cubrían del sol. Usaba en su mano derecha un guante de seda blanco.

—Me refiero a que quizá hay mucha aceptación, mucho manoseo en la cuna, y así terminan saliendo blandengues y asimismo dañinos como el granizo.

—Como le digo —insistió Reinaldo proyectando un golpe largo y potente que supere el Potosí, una inflación en la llanura que ponía a prueba a los aficionados. —Cuando usted pestañee dos veces, el mundo será otra cosa y tendrá que averiguar si ha quedado culo para arriba o tuvo mejor suerte —el palo africó la pelotita en el punto exacto para impulsarla bien lejos, detrás del Potosí y más allá, probablemente demasiado.

–Buen golpe, buen golpe.

–El secreto está en no desesperarse, gobernar la situación. Y pararse del lado correcto –dijo Olivera mirando la zona donde había caído la pelota.

–Qué falta nos haría uno de los muchachos que suelen andar por acá –se quejó Sklodal revolviendo el pasto con la punta del botín.

Más o menos a esa misma hora, Voltman cruzó la ciudad para llegar a la Clínica Santo Tomé de los Renegos. Pidió hablar con el doctor Irione Testa. La secretaria, Marisa, estaba fumando y mirándose las uñas. Sin embargo no fue necesario que se esforzara en nada porque desde el baño salía el doctor Irione.

–¡Voltman: el hombre electricidad! ¡Qué lo trae por estas regiones australes del mundo!

–La curiosidad –dijo Voltman, de compromiso –. Quería hablarle de la huelga.

–¿A qué huelga se refiere con huelga? –preguntó Testa. Era realmente un día hermoso, de esos en los que el espíritu se deja llevar por la tracción del mundo práctico, liso y presuntamente cognoscible. El doctor Irione apreciaba esos estados tanto como el descubrimiento del bistrú y el uso del sodio. Los quería al

punto que una silenciosa angustia recorría el filo de los acontecimientos a lo largo del día como si supiera que en algún momento, el menos esperado, el más tonto, se revelaría una piedra, incómoda, en el estómago. –Venimos reprimiendo estas actitudes irreverentes desde principio de siglo. ¿A quién se le puede ocurrir hablar de huelga?

–Es una huelga de niños, una especie de juego, en contra de usar el Bálsamo Liberador de Bichos que usted indica.

–No soy yo quien lo hace, sino la mejor opción entre un mundo de posibles –deslizó, empujando las frases con un movimiento del mentón–. Voltman, es el espíritu científico operando con insumos locales y de probada efectividad, Voltman, y las recomendaciones de la Asociación de Medicina Colonial que establece los parámetros de higiene y sanidad de las colonias inglesas, Voltman, Voltman, ohh Voltman Voltman ¿no se tratará solamente de uno de sus cortocircuitos cada vez más frecuentes e irreverentes?

–Le aseguro que...

–¡Volt! ¡Volt! ¡Voltman! ¡¿Una huelga de niños?! ¡Sáquenles los juegos por un día! ¡Prohíbanles, regá-

ñenlos, átenlos a un palo desde la salida hasta la puesta del sol! ¡Tápenles sus orificios con sal! ¡Háblenles de Dios!

Cuando Voltman comprobó que esa tarde la conversación, es decir, casi su única arma social, además de un débil vínculo familiar con el Conde de Tyrone, no prometía ningún efecto positivo, decidió volver a intentar en otro momento y dejar que la manifestación expusiera algo de su fuerza, si la tenía. Cruzó nuevamente el pueblo, camino al arenero, en una zona de la plaza a la que iban los hijos de los hacheros y obrajeros, y donde paraban por esos días quienes adherían a la huelga. Cuando llegó buscó a Margarita que, en ese momento, dormía una siesta bajo un árbol, con un vestido un poco ajustado. Al verla allí Voltman no se animó a despertarla. Cortó una flor y se la tiró con delicadeza. La niña abrió sus ojos lentamente:

—¡Oh, Edmon!

—Margarita... —sonrió Voltman—. Vengo a decirle que... ya está todo solucionado. Ya no se indicará el medicamento contra los insectos de la zona.

—Oh, Edmon, ¡*Dis is agrit notic!*

Lo comunicaron a Harry y a los demás. Los muchachitos estaban radiantes, aplaudieron al mensajero como si les hubiese dado la noticia de haber ganado un torneo. Entonaron con ritmo de chamamé “*La canción del zorro ñato*” que habían aprendido de sus madres:

*Se sabe que viene de zorra,
cruza con gato montés,
sería un zorro entero
con el cráneo dos veces el que es.*

*El monte todo lo tiene visto,
y lo invitó a irse pa' la ciudá'.
Es esta la canción del zorro ñato
al que todos tomaron por gato.
En la plaza lo junó una oveja
de las que sabían la historia.
Cantó la justa del gato raro,
entonces descubrieron al zorro zaino.*

*Y tuvo que irse nomás,
algún palazo se ligó,*

*y una patada artera
que aún recuerda en la madriguera.
Canción del zorro ñato,
al que todos tomaron por gato,
hasta que una oveja ortiba
entregó a un inocente por vengativa.*

Dos días después, se publicó una noticia en el diario al respecto. Decía que un grupo de scouts, en una de sus expediciones, había encontrado doce cajas del Bálsamo echadas a perder en el arroyo. La prensa lo atribuyó a un movimiento de los huelguistas y a su instigador, Harry Lencina. La policía entró a la casa arruinando la cortina que usaban de puerta y obligaron a Chacho a pagar el costo de treinta y cinco frascos de Bálsamo para la Liberación de Bichos producido en la farmacia La Tosca.

Chacho lo había ido a buscar a la plaza donde se juntaban. Unos cinco niños estaban sentados en ronda, en la explanada alrededor de los monolitos recordatorios de la fundación del pueblo. Harry les leía alguna cosa porque ninguno entre ellos sabía leer, si no se contaba a Margarita.

—Creo que vamos a poner otra regla, niño —le dijo cuando llegó cerca de ellos—. Se va a sumar al trabajo en el obraje, como su hermano Oscar. Hoy vino la policía y dice que usted tiró por ahí los remedios del doctor.

Los niños miraban al Chacho de pie ante ellos, de rostro duro y con uno de sus dedos cortado por la mitad.

—Te vas a venir conmigo a trabajar al obraje —siguió— como deberían estar todos estos chicos en lugar de andar inventando mierdas.

Extendió el brazo para quitarle el diario y llevarlo sin demoras pero Harry se movió con velocidad, corriéndose a un costado. Ya de pie, pasó el Daily Vera a su hermana. Luego comenzó a caminar en dirección a su casa; cada tanto se volvía para mirar hacia atrás y hacer muecas burlonas a sus amigos.

Al principio intentó seguir a los demás, abrir una picada a machetazos, limpiar todo lo posible de enredaderas, ramas, arbustos y cardos hasta dar con algún árbol que valiera la pena tumbar. Y no lo hacía del todo mal, pero su andar era disipado e imprevisible.

—Camine por allá —le indicaba Oscar. —Por ahí no, por acá. Agarre con una mano, no sirve agarrar con

las dos. Ahora venga y dele donde yo lo marco –decía con impaciencia. Y mientras un golpe de Oscar entraba tres o cuatro centímetros al árbol, Harry ni siquiera lo marcaba.

Al poco tiempo ya nadie quería hachar con él porque no tenía el ritmo ni la constancia necesarias. No era aceitado, decían. Así que luego de unos pocos intentos terminó ocupándose nuevamente de cargar con las herramientas y preparar los carros cachapés que llevaban los rodillos hasta la playa grande. Esperaba sentado en algún lugar a que fueran llegando los bueyes con los troncos pálidos y frescos, arrastrados por la hojarasca y el follaje verde y húmedo de las picadas.

Ese día sólo habían traído cuatro aromitos y un ñandubay, y eso nomás. Que era más bien poco. Los veinte hacheros que trabajan para el Chacho estaban allí, algunos hachando, otros sentados en un claro que llamaban la playa grande. Eran muchachos de apenas cuatro o cinco años más que los niños de la Huelga, pero se veían bastante chupados y arrugados por el sol y el trabajo en el monte. Venían de Santa Fe, Chaco, Corrientes. Algunos eran indios de la zona que se habían

ido acercando a la vida de pueblo desde muy pequeños y ahora conocían el idioma y la religión. Sus familias vivían cerca del río. En el obraje, ellos se hacían llamar con nombres urbanos que tomaban prestados, y no aparecían en ningún documento. Conversaban con Harry porque el niño estaba allí y se había hecho fama de escuchar y de saber muchas cosas a pesar de su corta edad. A Chacho le molestaba que se quedaran conversando en lugar de trabajar, pero al fin y al cabo, cada quien cobraba según la cantidad de madera que conseguía. Los indios eran los que más trabajaban. Nadie resistía como ellos la inclemencia del monte, del jején, el sol y la yarará. Aunque también veían los cambios.

—Este me parece que es el último —dijo, de un momento a otro, todavía agitado, el Chacho. Venía junto a una yunta de bueyes que arrastraban un rodillo de quince metros y dos brazos de diámetro.

—Disculpe que le diga, Chacho —replicó uno de los que habían llegado dos o tres meses atrás— está loco si dice que ese el último en el monte.

—Digan lo que quieran —dijo con indiferencia— pero ya no queda casi nada más allá. Lo que era monte, digamos.

No fueron muchos más los que opinaron lo contrario. Había respeto por el obrajero que conocía estas tierras desde la época de la primera gran guerra, cuando no daban abasto para talar y entregar, y además estaba esa impresión ya circulando en el pueblo, de que el monte se venía agotando, y un buen día ya no se encontraría ningún quebracho colorado para arrastrar hasta la fábrica. Y la fábrica sin quebracho no funciona, lo dijo una vez el gerente general en un acto por el santo patrono de Villa Ana. En las conversaciones cotidianas a veces se decía, desde entonces, sin quebracho la fábrica no funciona, y así para cualquier otra actividad: sin quebracho no hay luz, sin quebracho no hay proveeduría. No todos lo creían, aún cuando usaran la expresión. Decían que era una mentira con la que se buscaba despistar a la gente, meter miedo de que se venía un cierre. Por eso al ver el último quebracho, sus círculos concéntricos con matices marrones, cruzados por alguna resina babosa que manaba de ellos, sentían un escozor en las tripas como si realmente fuera un fantasma, la luz mala o el gran carpincho blanco.

—El último nomás es. Qué se la va hacer —cerró.

¿Qué debían hacer si, como decía el dueño del

obraje, el gigante tumbado y pelado, reducido por muchachos del tamaño de una de sus cientos de ramas, era el último quebracho colorado de esa parte del territorio?

—Será que tendremos que subir un poco más al norte, para la zona de Caranta —dijo uno de los indios, en cuero, bajo y robusto, apoyado sobre su machete.

Oscar lo miró desconociéndolo.

—Tengo una parte de mi familia viviendo por esa zona —dijo el indio al que llamaban Caramelo.

—Tal vez no revisamos bien esta zona, todavía. Detrás de la picada, antes del arroyo, me parece que hay alguno grande —dijo Oscar asintiendo con la cabeza.

—Si es que no hay más, como se dice, hay que buscar donde quede. El monte es grande y todavía crece.

Los demás apenas murmuraron. Acá estaban los bichos, pero ya habían tenido problemas con Troncoso por trabajar fuera de su área.

—Andá vos —dijo Oscar, mirando al piso—, ya te conocen por allá. Los indios se andan moviendo todo el tiempo. Lleve a este chico y si no hay problemas, lo manda para acá a que nos avise.

—Tal vez vaya yo, por mi cuenta —respondió Cara-

melo. –El niño todavía tiene que ir a la escuela y hacer las cosas que hacen los demás.

–Llévelo si quiere –dijo Chacho.

–El indio se mueve sólo –dijo Caramelo con un tono despectivo.

De regreso, cuando estaban a doscientos metros de la casa, sólo quedaban del grupo que había salido a la mañana el Chacho, Oscar a su lado, ese hachero viejo que nadie sabía dónde paraba y un poco más atrás, junto al carro con los bueyes, el más pequeño de los Lencina. Los demás se habían ido desviando hacia sus ranchos y taperas, casitas rudimentarias, construidas con madera, palos, paja y barro, y otros materiales que conseguían sacarles a los ingleses en el pueblo, como lonas, cueros y chapas. Algunos incluso tenían deudas por tres metros cuadrado de lona, deudas en alguna proveeduría, compromisos, decían, que se abrían como profundas grietas que no obstante nadie tenía intención de cancelar y por lo tanto, una vez al mes, recibían la visita de las patotas a sueldo de la empresa que prestaban el servicio de violencia a los comerciantes y a los socios menores.

Así que esos hacheros desgraciados dormían mirando el techo de sus taperas como mortajas blancas que aún no se decidían a cubrirlos de una vez y sacarlos a la rastra con algún buey hasta el río, como ocurría frecuentemente con los que acababan exhaustos o heridos en el monte. Y ahora que el suelo parecía se iba quedando sin quebrachos, los hacheros andaban medio confundidos. Cuando se despidieron del viejo dijeron hasta mañana, por costumbre.

II

Fue de Voltman la idea de recomendar a Harry para trabajar en la fábrica de tanino. Tenía algunos contactos. Lo presentó como un muchacho un poco soñoliento, proveniente de una buena familia. En un tono confidente, agregó que ese tonto tal vez fuera su cuñado unos meses más tarde, y cualquier problema que pudiera ocasionarles se iba a ocupar de solucionarlo. Margarita quedó encantada con ese gesto y accedió a pasear del brazo con él camino a la farmacia, hacia donde Voltman iba con regularidad.

Los compañeros de Harry en la fábrica eran hombres corpulentos y de pocas palabras. Trabajaban sin camisa y exhibían sus brazos de adoquines. Varios habían sido hacheros alguna vez y no se les ocurría ni por asomo volver a esas tareas jamás. Uno de ellos había dejado correr el chisme de que el jovencito tenía algo con los cuchillos, con los objetos cortantes en general y parece que también con los hombres. Como que era su manera de quererlos. Algo muy confuso, había sugerido, que nece-

sita tratamiento. Por eso le asignaron una posición administrativa que requería atención, y no mucho más: contar las bolsas de tanino que se cargaban en cada vagón, y gritar ese número al administrador, al que llamaban Dalmacio, sentado en un escritorio escaso, a diez metros, cerca de la puerta de entrada por la que pasaban carros, obreros y proveedores de todo tipo.

—¿Podés hacerle escuchar a Dalmacio la cantidad de cada vagón? —le preguntó un operario. Detrás de una pila de papeles sostenidos con recortes de quebracho, calvo y con una camisa manga corta, según la moda de los administradores de todos los tiempos, Dalmacio tenía la vista fijada en una lectura. Daba la impresión de que nada alrededor suyo, ni los proveedores, ni el trajín de los obreros y estibadores, ni los vendedores ambulantes que entraban a la planta a riesgo de ser vistos y castigados por la policía, sospechados de llevar y traer información, ni el silbido del tren y el traqueteo sobre los rieles, y por su puesto ni por nadie que a más de veinte centímetros le dirigiera la palabra, alcanzaba para traerlo al mundo real de lo que estaba ocurriendo

en el momento. No obstante, Harry dio a entender que de alguna manera se arreglaba, aunque su respuesta fue sólo una mueca de comprensión. El obrero que introducía a Harry en su nuevo trabajo iba a repetir la pregunta pero recordó el comentario de su amigo. Entonces agregó:

—Eso es lo que hay que hacer. Ponga atención en la tarea. En ese vagón se van las fuerzas y a veces la vida de nuestros compañeros —entonó con una mirada patriótica, y de gremialista que ha sabido favorecer a la patronal, también.

—¡Iiauuuuuuuu! Atentos rufianes delincuentes indios cornudos y pervertidos porque acá no se salvan, saquen esas manos de las vergas de una vez! —gritó de pronto Ojeda. Entonces sonó con furia un silbato y los estibadores se fueron formando en una hilera, frente a un caño que descendía desde una cuba metálica hasta la altura de un metro de distancia del suelo, de modo que le llegaba a la cintura al primero de todos. De pronto empezó a fluir desde el caño hacia una bolsa arpillera recubierta por adentro con un saco blanco, un líquido resinoso y denso, viscoso, color castaño, algo transparente, que era el

tanino cocido. Tenía una temperatura de setenta grados y sin embargo, cuando estaba cerca de rebalsar la bolsa de cincuenta kilos, el obrero hacía un movimiento veloz en el que cortaba el chorro con las manos. Usaban talco para que la resina no se les pegara a las palmas. El chorro de tanino seguía cayendo, entonces, en una segunda bolsa arpillera que reponía Ojeda con velocidad. Cada vez que una se completaba, se cosía rápidamente y se llevaba a cuestras hasta las estanterías donde reposaban y se almacenaban, cuando no iban directamente a un vagón de tren. Este proceso era continuo y no admitía interrupciones. El ritmo debía coincidir con el fluir del tanino, y Ojeda marcaba con el pie el swing del movimiento general, o golpeando con una varilla un platito de metal que tenía cerca. Finalmente todos hacían las cosas al ritmo de Ojeda, que había sido baterista en un boliche de Hurlingham, diez años atrás, y por algún motivo había recalado en Villa Ana. Se había formado con D'Arienzo, pero desde que estaba en la fábrica su función era reponer las bolsas arpilleras. Formaba siempre junto a la salida del tanino, conocía bien su olor y su fluidez según la humedad del

día, espabilaba a los quedados de la fila y los arriaba a tal punto que desde su ingreso había aumentado un diez por ciento la producción, aunque eso no le importaba. Cada tanto repiqueteaba sobre un platito de metal y los obreros seguían con palmas el ritmo, mientras pasaban a cortar el flujo de néctar y dejaban paso al siguiente compañero que venía detrás. El operario baterista no perdía en ningún momento la sonrisa y mucho menos el ritmo que iba marcando en ese platito machucado que jamás se caía al piso aunque caminaba haciendo equilibrio por los bordes de la mesa. Cuando vio a Harry parado en el medio del camino, mirándolos fijamente le dijo:

—¿Qué pasa? ¿Te parece que lo estoy haciendo lento? ¡Acá me dicen que estamos más retrasados que una oruga vieja, me dicen! —y sonrió al primero de la hilera —¿Cómo se llama usted?

—Cuesta —repuso el operario, cortante.

—¿Qué le cuesta calentar esas nalguitas! —agitó Ojeda y le dio en las nalgas un varillazo.

—¿Qué hacés? —rugió el operario.

El chico continuó caminando por la fábrica. Había racimos de cañerías que cruzaban el largo de los galpo-

nes y se perdían en los grandes piletones del patio. Por una chimenea de treinta metros de altura salía el humo del proceso de cocción. La torre cilíndrica de ladrillos que formaba la chimenea se podía ver desde dos o tres kilómetro de distancia. Fue uno de los puntos fuertes en el documental que se había filmado el año anterior para Sucesos Argentinos. El filme buscaba difundir los avances de la industria en el país. Se presentaba al taino como la “sangre del monte” y, por añadidura, se sugería, como la sangre de la patria peronista.

Al estreno del documental en Villa Ana se había invitado sólo a los cuadros jerárquicos de la empresa, los profesionales, algunos criollos y obreros cercanos a la gerencia. Reinaldo Olivera, que había colaborado para que se realizara la filmación, fue con su hijo a la primera función del noticiero. Se había puesto su traje nuevo, traído de Estados Unidos, y se había teñido. Cuando le pidió a Ofelia, su mujer, que se vistiera ella también como si estuvieran en Hollywood, la señora que desde el verano pasado casi no se levantaba de la cama, más que para ir a los sillones de la galería, se tapó con las sábanas hasta la cabeza.

–Querida, voy a salir en la pantalla –dijo en su tono tranquilo y por eso mismo bastante desquiciante –y eso es así porque no estamos tan olvidados como pensás.

–Te conforman con unos espejitos de colores –dijo estirada, en camión, sobre el sofá, al lado de una mesita baja, donde apoyaba el vaso de whisky.

–Mandé a la empleada que no te descuide el vaso.

–Ya me imagino las caras, en Londres, cuando te vean entre estos indios –murmuró–. Y que me traiga hielo.

Al resto de los vecinos le habían contado. Tenían versiones del documental. Algunos decían que la película los elogiaba, otros que los denigraba porque se tergiversaban los hechos. Una crítica proporcionada por Edmon Voltman al Daily Vera decía:

La semana pasada se proyectó el filme documental Quebracho Colorado, en la sala Reina Victoria de nuestro pueblo. Fue una producción de Sucesos Argentinos, para el gobierno del General Perón. La película se rodó con la más alta tecnología disponible en este hemisferio del globo, muestra los pasos esenciales de la explotación del quebracho colorado, desde la tala

hasta sus diversos usos. Podrán ver escenas típicas de los sacrificados hacheros, los nobles y fuertes animales de labranza, la inteligencia de esta gente puesta a trabajar en la industrialización del quebracho. El locutor enlaza con un tono pedagógico e hipnótico todas las partes que constituyen la fabricación de tanino de modo tal que el público general termina por creer que si faltara este proceso, la economía Argentina se hundiría en el fondo del mar. Ahora bien, si usted es un observador perspicaz, notará que en ningún momento el telefilm señala que la industrialización del quebracho se debe a La Forestal, de capitales ingleses, ni tampoco dice nada de las condiciones de trabajo, nada sobre las regalías y beneficios financieros que están en juego, y mucho menos de cómo éstos se reparten. El gobierno se atribuye la producción como un logro suyo y a cambio deja operar a sus anchas a La Forestal, donde nadie cobra un centavo ni accede a una pastilla de Geniol si no es bajo el yugo de la empresa.

Tomen estas palabras de alguien que vivió los efectos de la revolución industrial a orillas del Támesis.

Dedicado a M.L.

Edmon Voltman

En medio de uno de los planos que captaba la principal playa de almacenaje de rodillos, con un sombrero ladeado hacia un costado y el cigarro en la boca, se veía a Reinaldo Olivera dando indicaciones a los obreros. El gerente se había preocupado, en el momento de la filmación, por parecerse todo lo posible a un caballero inglés. En el video no se oye, porque no hay sonido ambiente, pero las indicaciones las dicta en un rudimentario inglés a operarios que no entienden qué carajo dice, pero responden como si fuesen las manos mismas del gerente. Desde las butacas no se alcanzaba a apreciar ese gesto, ni el cambio de apoyo de pies porque se trataba de un plano largo, pensado por su director para captar la amplitud de la playa, atravesada de un lado a otro por miles de rodillos apilados para ser transportados en tren a las fábricas de tanino, o bien al puerto, donde seguirían el largo viaje por río y mar hacia Europa o Estados Unidos, donde vivían los principales espectadores de la película. En esa imagen no importaba Olivera, los obreros, ni el intenso sol del mediodía que pasaba inadvertido entre los grises de la película, sino la cantidad de material, las toneladas limpias y

dóciles de madera y tanino embolsado, las chimeneas industriales, los ferrocarriles en una provincia lejana y accesible.

A Reinaldo, sin embargo, le hubiera gustado verse otra vez, no en una escena de fajina diaria, sino cuando inauguró la cancha de tenis, dos meses antes de esa filmación, o bien en alguna celebración junto a los Scouts. Pensó que todas las imágenes registradas en el video tenían la misma importancia, y si a un hachero lo habían mostrado durante quince segundos quitando la corteza de un tronco, la imagen del gerente debería estar por lo menos el doble de tiempo para encandilar las retinas del mundo. Él lo creía así, tal vez era ésa una idea algo necia, Dios lo libre, había dicho más de una vez, y sin embargo a regañadientes empresarios y gobernadores le habían dado la derecha como intermediador de negocios. Y para no continuar con esa tentativa de igualdad que proponía la película, Reinaldo ordenó que no se volviera a repetir en los siguientes días.

La censura no impidió que a varios les hubiera llamado la atención la aparición casual de un grupo de niños de distintas edades, entre cinco y doce o

quince años, entre varones y mujeres y perros de todos los tamaños, y algún cerdito en brazos, conversando muy republicanamente en una plaza. En la toma que duró lo que lleva decir “los niños adquieren conciencia social prontamente en los obrajes”, se ve en cuclillas, como ideando algún plan, un muchachito un poco más pálido que el resto, con gorra y bastante flaco, el menor de los Lencina. La escena corta y sigue con imágenes de la fábrica. El locutor cambia el tono de voz y comienza con el texto de la transformación del quebracho en aserrín. Tal vez en este punto había funcionado la teoría de Reinaldo, y el muchacho que todos tenían por raro, o tarado, acaso porque había crecido sin la madre y con la hermana –aunque eso no justificaba ese comportamiento tan imprevisible– quedó titilando entre el bullicio y el humo de los cigarros dentro de la sala. Y aún después, en casa, frente a los niños. Esa noche más de uno se quedó sin comer o ligó un puñetazo algo gratuito antes de acostarse.

Después de recorrer las instalaciones, Harry se memorizó las cantidades de las quince estanterías en las que reposaban cientos de bolsas de tanino,

quietas y tibias como mujeres soñolientas. Se acercó a la mesita de Dalmacio y le dictó los números.

—Buena memoria —aprobó Dalmacio—. ¿Vio algo extraño... que le haya llamado la atención, que lo haya distraído entre bolsa y bolsa? No sé... algún comentario en voz baja... Hay que andar despierto entre estos muchachos —advirtió con la inseguridad de cualquiera que adquiere el vicio de la vigilancia. Pero como Harry no contestó nada, nada más que un gesto de recordación, seguido de un silencio desaprobador, Dalmacio puso sobre el escritorio una libreta con listas.

—Muy bien. ¿Te gusta jugar de arquero? —dijo automáticamente, y luego —¿O en la defensa? ¿de win izquierdo? No es cuestión de ser bueno o malo. ¿Te anoto en el equipo de tenis? En esta fábrica tenemos equipos en golf, aunque está reservado al director, en tenis, fútbol y jardinería. Y me parece que lo mejor sería anotarte en fútbol. Los indios tampoco se entusiasman mucho, pero en general el equipo titular anda bien. Ganamos el campeonato de la última temporada. Y en la competencia de jardinería sólo participan los que tienen una casa asignada.

Lo terminaron inscribiendo en el tercer equipo de Deportivo María Antonieta, en la formación junto a tres indios estibadores que trabajaban en el puerto, y el resto eran correntinos muy mal llevados, que dejaban al equipo con cinco jugadores antes del primer tiempo, si no conseguían la suspensión del partido por acumulación de jugadas peligrosas.

De vuelta a su puesto, pero ahora cerca de la calle, para repasar los stocks en el patio delantero, Harry oyó que lo llamaban. Era el indio Caramelo que le chistaba “niño Lencina”. Venía para avisarle que los del obraje habían ido esa mañana en fila hacia la zona de Caranta, a ver cómo estaba el monte por ese lado. Por las dudas, llevaban tres Mauser y un revólver. Sabían que los de Caranta eran bastante celosos de las hectáreas en las que trabajaban, pero al parecer Chacho andaba con esa idea de hacer un acuerdo o un negocio antes de enfrentarse con nadie. Harry lo escuchó atento. Caramelo mezclaba palabras que no entendía, algo de mocoví o de guaraní, tenía los pómulos puntiagudos y un poco chupados porque como todos los hacheros andaba flaco y fibroso, y cada rasgo se expresaba con

mayor contraste. Para terminar con ese tema dijo que él no había ido porque se sentía ofendido de que no le llevaran el apunte cuando propuso ir contra Caranta, días atrás. E hizo un gesto de desinterés con la mano.

A continuación le pidió un favor. Tenía un vale por dos kilos de carne. Se lo había encontrado en la calle por gracia del Sapo de la Luna. A Harry esto no le hacía ningún sentido. Caramelo le explicó que en El Pago Bendito no lo dejaban entrar, el almacenero ni los de la policía, y necesitaba que alguien le hiciera el cambio del vale.

—Usted sabe escuchar, niño Lencina —suplicó el indio— ¿Puede ir al almacén por mí? Tengo este vale y ninguna otra cosa para conseguir un poco de carne. Mi familia somos muchos y anda faltando la comida, lo que nunca antes había pasado.

Le puso la moneda en la mano a Harry y lo miró para comprobar si estaba claro.

—¡Lencina! —gritaron de pronto.

Era Dalmacio que desde cuarenta metros lo tenía en la mira.

—Juega el sábado, al cierre de la primera jornada —le gritó con tono de técnico. —Aliméntese bien que

está todo en hueso. Se para de siete, sube y baja a ayudar. Ordene a los correntinos que enseguida se envalentonan y entran a repartir. ¿Me entendió?

Harry levantó la mano y el pulgar. Cuando se volvió hacia Caramelo, no había nadie. A cinco metros, perdiéndose entre los yuyos, andaba a los saltos un sapo con unas líneas grises y amarillentas que le rayaban el lomo.

A la salida de la jornada, empezó a caminar por la calle Roca. Era una calle ancha con restos de aserrín de aromito que se había ido volando hacia la cuneta con el viento. Llegando a la esquina estaba el Hospital todo pintado de blanco y durazno, el techo caía a dos aguas, una larga cerca de madera resguardaba el jardín de la entrada, adornado con malvones y azaleas. Marisa regaba los canteros floridos con aburrimento. Del lado de adentro, en el patio interno, varias personas esperaban su turno para atenderse. Algunas incluso habían pasado la noche allí, bajo la galería, con el niño enfermo de viruela; otros tenían vendajes por picaduras o quebraduras, fisuras, insolaciones. Y también había una sala, detrás de la construcción principal, en la que algunas personas se la pasaban todo

el tiempo y quizá ya vivían allí. Le decían el loquero. Una mujer despeinada y en cueros de pronto se apareció en el jardín del frente y Marisa la hizo retroceder con el agua de la manguera. Con la situación controlada, volvió a las margaritas medio inundadas, le sonrió un poco acalorada a Harry, se acomodó las tetas después de la corrida y se enfocó en lo que realmente le interesaba, la cancha de tenis. Del otro lado de la calle estaba el Club de Tenis, con dos rectángulos relucientes, colorados por el polvo de ladrillo que seguía su cocción eterna bajo el sol tremendo del norte, hasta que aparecía un regador a humedecerlos. En ese momento se jugaba un partido. Arriba de una silla de dos metros de alto, el árbitro daba indicaciones en inglés, cortas y enérgicas, y reforzaba con su silbato. De un lado de la red estaba el matrimonio Vazquez. La mujer era delgada y ágil como un junco, mientras que su marido se iba junto a la red a tapialar el paso con sus ciento veinte kilos. Enfrente atacaban Falk, el profesor de gimnasia danesa, y Florinda Falk, adornando los tiempos del match con sonrisas y sus piernas finalistas del certamen Princesa Forestal. Harry se deslizó por la cuadra con un paso desgarrado y fantasmal. Pasaron

dos camiones repletos de rodillos en dirección a la playa de almacenaje de la fábrica. En la cuadra siguiente estaba la sección ferretería del almacén. La gente entraba y salía con piezas de todo tipo. En la puerta se había detenido un auto, con el capot levantado, y los niños se arrimaban a él para investigar.

—¡Harry, Jarricito amigo! —de la vereda de la soltería venía Edmon, con su cara sonriente y atolondrada, de inglés bohemio y expulsado.

—¿Cómo estuvo tu primer día de trabajo? Me enteré que te anotaste en el campeonato de football. Qué valiente. Son partidos fuera de lo común, según me contaron. Yo no puedo correr ni una maceta —decía Ed, y se reía solo, acomodándose el mechón de pelo blanco que le caía casi hasta el cachete colorado. Tenía un aliento de venir tomando desde el jardín de infantes. A esta altura ya se le había prendido del cuello con su peso de hoocker, y le decía: —Harry, hermanito, necesito que me acompañes hasta la farmacia. ¿Te dieron el carnet de la previsión social, ya? Eso vale oro, Jarr. ¿Y adónde vas ahora? ¿No podemos ir ahora hasta la farmacia?

El chico adelantó el paso hasta que Edmon volvió a pararse con su propio equilibrio.

—¡Te espero aquí Jarr! —le dijo. Los camiones lo esquivaban sin convicción.

Por la vereda caminaban mujeres tomadas del brazo como si estuvieran paseando por algún pasaje céntrico de París. La mercería del almacén traía buenas telas, las mejores de Europa, decían, y por lo tanto del mundo. Las costureras del pueblo se esforzaban en sus trabajos con la esperanza de que sus diseños y vestidos se lucieran en otras ciudades, Buenos Aires, Londres, y fueran invitadas a viajar por las metrópolis. El caso de Telésfora Cortez era inspirador para todas. Había tejido un par de medias para la nieta de la reina que deslumbraron a la nobleza inglesa. La reina misma le envió una carta invitándola a formar parte de la selecta cohorte de costureras que trabajan en York. Telésfora, que era una señora mayor, viuda de un hacero con el que habían venido a Villa Ana desde el Paraguay, y que a sus años pensaba terminar sus días pacientemente como costurera, de pronto se encontró con una invitación extraordinaria que desató una silenciosa expectativa entre las damas y señoritas que andaban por la zona. Hubiera sido todo un ejemplo, pero la mala suerte le llegó primero. Una yarará se le

metió en el cuarto, cierta noche de verano, y le dio una mordedura que la tuvo en cama largo tiempo. Hasta que un día apareció su casita en llamas. Se dijo que no pudo escapar debido a la fiebre que la tenía postrada. Aunque encontraron la puerta trabada desde afuera. Se dijo algo así como que se resistía a ir al loquero y pidió que la dejen allí con la puerta cerrada. Favor que le hicieron sus amigas del Club Enchanted Scissors, del que era tesorera. Pero el desenlace no borró la chance que se habría para todas las costureras de los pueblos forestales, tan cercanos al parecer de los celestiales ojos de lo más alto de la cúspide social inglesa, cuyos lujos apenas podían imaginar, sugeridos por la gracia de esa cultura que les compartían detrás de una cerca barnizada, aunque más no fuera para copiar y vestir.

A la sección Comestibles del almacén le llamaban El Pago Bendito porque había un manuscrito del Papa, colgado detrás de la caja principal, con un saludo a los obispos de la zona y al esfuerzo evangelizador en las selvas del chaco austral. En el lugar trabajaban más de treinta empleados, rigurosamente evangelizados para separar un pequeño porcentaje a favor de la iglesia local. Casi todo lo

que se vendía tenía la etiqueta en inglés, aunque había también algunos productos regionales como el tabaco, la yerba, la harina y la carne. Dentro del local, Harry vió a un tipo desconocido, con bigote tupido, anteojos y sombrero marrón, que llevaba un morral de cuero lustroso. El hombre pidió la dieta básica de whisky, salame y pan, y luego miró un poco los productos de las estanterías más alejadas. Llevó también bicarbonato de sodio. Le preguntaron de dónde venía.

—¿Es el químico? —apuró un hombre que también había pedido salame y pan.

—Así es. Ingeniero Boniuk, para servirle. Vengo de Buenos Aires, más precisamente de Avellaneda.

—Tendrían que haber mandado alguien que se ocupe de la reforestación, decimos acá, antes que venirse con los químicos —dijo un hombre que sólo había pedido pan y todavía no sabía cómo lo iba a pagar—. Dígale al gerente que ya nos vamos quedando sin nada para bajar en el monte.

El ingeniero sonrió e intentó levantar los ánimos diciendo “en mi ciencia pensamos que siempre hay solución, si entendemos bien el problema”. Eso pa-

reció a todos bastante alentador, salvo al hachero que no comprendió, pero que había visto esa sonrisa en algunos bichos de la zona.

—Después de cincuenta años de actividad, es normal que vayan escaseando los recursos —agregó Boniuk—. Es momento de mirar o bien más de cerca, o bien más de lejos para que el árbol no tape el bosque. Y yo vine a mirar de cerca.

Mientras Harry hacía el pedido, Boniuk le preguntaba a una mujer cómo hacía para mantenerse tan joven.

—El agua de acá debe ser muy buena para su piel, porque está aún más brillante que la última vez que la vi por aquí.

La muchacha andaba con un niño en brazos, tenía un vestido suelto, verde y con estampados hindúes. Le desviaba la mirada e intentaba peinar los rulos imposibles del niño.

—A esta hora del día todas le van a parecer demasiado jóvenes o viejas —agregó otra muchacha, morena y de rasgos aindiados, con una cadera en la que se apoyaban, antes de caer, los pliegues de un vestido de raso colorido, tetona y con los mo-

dales de alguien que se mueve rápido. Sostenía un alambre del que colgaban tres bogas frescas. Las dejó en el mostrador tras una indicación a O'Hara y salió mirando al ingeniero. –Por ahí a la noche es otra la impresión.

Era Romina y cocinaba en la casa de Olivera. Los muchachos que estaban sin hacer nada, en la puerta, estallaron con el desafío. Le gritaron “amansao”, “tarambana” y “flojito” a Boniuk.

–Y a veces –reflexionó en voz alta– cualquiera sea la distancia, siempre se ve el árbol, el mismo árbol durante años porque es lo más hermoso que se haya visto hasta el momento. Así es cuando el que mira desaparece.



colectivocontramar.wordpress.com
colectivocontramar@gmail.com